

tianismo y la necesidad de abrazarlo y de seguirlo para obtener la salvacion (1). Admirado Maximino, tanto de la doctrina y de la sabiduría de la jóven, como de su valor, habiéndola retenido en su palacio, convoca de todas partes á todos los sabios, á todos los filósofos de la famosa escuela de Alejandría, y les manda que disputen con Catalina acerca de la religion, prometiéndoles grandes premios si conseguian refutar sus argumentos y atraerla de la profesion de la fe cristiana al culto de los ídolos (2). Así se hace en efecto; pero resulta todo lo contrario. Léjos de que aquellos grandes filósofos pudiesen confundir y atraer á la jóven al paganismo, la jóven los confundió y los atrajo al Cristianismo; y lo que es todavía más admirable, la mayor parte de aquellos sabios, no sólo se rindieron á la fuerza de las razones de Catalina, sino que adquirieron tanto respeto á la religion cristiana y tanto amor á Jesucristo, que habiendo ido allí para contradecirla, se convirtieron en confesores y se hicieron mártires de ella (3). Furioso Maximino de la pública derrota que el culto de los ídolos acababa de recibir por una mujer, se enfureció contra ella, y no hubo tormento alguno que no le hiciese sufrir: los azotes, el potro, las uñas de hierro, la rueda de agudas puntas, y finalmente la espada, todo fué empleado contra ella para desgarrar sus carnes virginales y para vengar con su muerte al paganismo aterrado. Pero estos rasgos de crueldad no hicieron más que aumentar la vergüenza y la pérdida de aquella pretendida religion. Maximino tuvo el disgusto de ver que la doctrina y la constancia de Catalina habian hecho ciertas conversiones, aún en su mismo palacio, en su misma familia. Habiendo ido á visitar á Catalina á su prision la misma esposa de Maximino y Porfirio, jefe del ejército imperial, fueron convertidos al Cristianismo por su predicacion, y confesando á Jesucristo, recibieron tambien con ella

(1) «Non dubitanter Maximinium adiit, eique nefariam immanitatem obijciens, sapientissimis rationibus Christi fidem ad salutem necessariam esse affirmavit.»

(2) «Cujus prudentiam Maximinus admiratus retineri eam jubet, arcesitis undique sapientissimis hominibus magnisque propositis præmiis qui convictam Catherinam á Christi fide ad idolorum cultum perduxissent.»

(3) «Quod contra accidit: nam plures philosophi qui ad eam coarguendam convenerant, vi ac sutilitate ejus disputationis, tanto Jesu Christi amore sunt incensi, ut pro illo mori non dubitaverint.»

la corona del martirio (1); y en el mismo pueblo, una inmensa multitud de paganos, que habian sido espectadores de la constancia de la jóven heroína, abrazaron el Cristianismo (2). Así era como Jesucristo convertia la ferocidad de los tiranos en atormentar á sus santas esposas, en mision de apostolado y en triunfo de su religion!

§ XIII.—Las santas viudas mártires.—Santa Felicitas y Santa Perpétua.—El triunfo que ésta alcanza sobre su padre.—Bella respuesta que aquélla da al verdugo, que le echaba en cara que no podia sufrir los dolores del parto.—Su actitud sublime en el anfiteatro, donde son expuestas á las fieras.—Perpétua cuidando de Felicitas, su esclava, como si fuese su hermana.—Felices efectos de su martirio.—Santa Sabina y Santa Teonila confundiendo á los tiranos.

La santa viudedad es una segunda virginidad, y muchas veces, y bajo cierto aspecto, es, dice San Ambrosio, aún más meritoria que la virginidad misma, porque la castidad de la viuda es más laboriosa que la de la virgen: *Laboriosa castitas (De viduis)*. Así es que, expuesta al martirio la viuda cristiana, no se ha mostrado ménos grande ni ménos admirable que la virgen cristiana, y la gloria de su confesion no ha sido ménos brillante ni ménos honorífica para el Cristianismo. Citarémos, pues, algunos ejemplos de estas viudas generosas, cuyo martirio está escrito con letras de oro en las *Actas de los mártires*, que son los diplomas auténticos de sus títulos á los homenajes de la tierra y á la gloria del cielo.

En primer lugar encontramos las santas viudas Felicitas y Perpétua, que confesaron la fe bajo el imperio de Séptimo Severo, en Thrabace, en África, no léjos de Cartago, de quienes Tertuliano habla en su libro *Del alma*, cuyo elogio hace San Agustín en uno de sus sermones, y en tres tratados citados por Posinio, que se han perdido, y cuyos nombres figuran en primer lugar en el catálogo de las santas mencionadas en el cánón de la misa.

Santa Felicitas era esclava; Santa Perpétua era una noble señora de un talento muy distinguido. Ella misma escribió la historia de

(1) «Quo tempore Maximini uxor et Porfirius belli dux carcerem ingressi, et ejudem prædicatione in Jesum Christum credentes, postea martyrio coronati sunt.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Quod miraculo, multi Christi fidem susceperunt.» (*Ibid.*)

su martirio hasta el momento en que fué expuesta en el anfiteatro con Santa Felicitas y los santos jóvenes Saturo, su hermano, Revocato, Saturnino y Secundulo, que todos las siguieron en la misma confesion y participaron de la misma corona.

Santa Perpétua era de edad de veintidos años; ella habia sido casada, ló mismo que Santa Felicitas; pero ésta se hallaba encinta, miéntras que aquélla tenía un tierno niño de pecho. Su padre, que vivia aún, y que la amaba mucho, habiendo sabido que acababa de ser citada ante los tribunales como cristiana, quiso persuadirla que disimulase al ménos esta profesion, á fin de conservar su vida para sus padres y para su hijo. «¿De qué sirve eso, padre mio? Le dijo la heroica hija. ¿Veis ese vaso que está en el suelo? ¿Puede acaso dársele otro nombre que el suyo?— Ciertamente que no, respondió el padre.— Pues bien, replicó ella, yo tampoco puedo llamarme más que lo que soy, es decir, cristiana.» Desesperado su padre al oír esta respuesta, se arrojó sobre ella para arrancarla los ojos; pero no hizo más que maltratarla, y se retiró vencido.

Habiendo llegado el día de la comparecencia, se dieron prisa á bautizarla, lo mismo que á sus cinco compañeros, porque todos ellos eran catecúmenos. Al día siguiente, el procurador Hilarion, que gobernaba la provincia en lugar del procónsul Minucio, que acababa de morir, habiendo hecho encerrar á los santos confesores en un horrible calabozo, Santa Perpétua se llenó de espanto, porque, como ella dice, no habia visto jamas semejantes tinieblas; y continúa su relato en estos términos: «Yo me moria de dolor al considerar el que causaba á mis padres, y pasaba largas horas en una grande impaciencia. Mas un día me encontré de repente fortalecida de tal manera, que la prision donde yo estaba con mi hijo se me hizo un palacio, donde me hallaba mejor que en todas partes, y yo era quien fortalecía á mi hermano.

» Nosotros íbamos á ser interrogados, y mi padre volvió á la prision y ensayó todos los medios posibles para vencer mi constancia.— Hija mia, me decia, compadécete de mis cabellos blancos, ten piedad de tu padre (si soy digno que me llames tu padre), porque te he criado hasta ahora, y te he preferido á todos tus hermanos; no me hagas el oprobio de los hombres. Acuérdate de tu madre, de tu tía y de tu hijo, que no podrán vivir sin tí; renuncia á esa obstinacion, que nos perderá á todos.— Mi padre me decia esto

con el acento de la mayor ternura y del mayor respeto; en vez de llamarme *su hija*, me llamaba *su señora*; él lloraba, él me besaba las manos y se arrojaba á mis piés. Yo lloraba al ver que de toda nuestra familia él sería el único que no se alegraría de mi martirio.

» En presencia del mismo magistrado hizo mi padre una nueva tentativa, conjurándome que tuviese piedad de mi hijo; y el mismo Hilarion me dijo:— Compadécete de la vejez de tu padre y de la infancia de tu hijo, y sacrifica por la prosperidad de los emperadores.— Yo no lo haré en manera alguna, respondí; yo soy cristiana.— Todos los demas acababan de dar la misma respuesta. Y así, Hilarion pronunció nuestra sentencia y nos condenó á todos á ser expuestos á las fieras. Nosotros volvimos llenos de gozo á nuestra prision.

» El conserje, que era un oficial llamado Pudente, creyendo ver algo de sobrenatural y de divino en nuestra tranquilidad en presencia de la muerte, nos apreciaba mucho y guardaba con nosotros las mayores consideraciones. Él dejaba entrar á todos nuestros hermanos que querian vernos y consolarnos.* (*Act. martyr.*; S. August., serm. 280, *De hist. martyr.*)

Las dos nobles y piadosas matronas sólo pensaban en la felicidad que les esperaba de morir por Jesucristo, y en fortalecer y preparar para la muerte á sus hermanos en la fe. Son presentados de nuevo ante el tirano, y se les intima que blasfemen del Salvador. Ellos rechazan esta proposicion con horror, y se les condena á los azotes y á ser expuestos en el anfiteatro para servir de pasto á las fieras. Hallándose Santa Felicitas encinta de ocho meses, y no pudiendo, segun las leyes romanas, ser ejecutada hasta despues de su parto, mandó el tirano que se la retuviese en prision, y que entre tanto se ajusticiase á los otros. Por esta razon, afligidos aquellos santos confesores al ver que ella quedaba sola en el camino de su comun esperanza, se ponen en oracion, pidiendo á Dios la gracia de morir todos unidos por Él, así como todos unidos le habian confesado. Dios escuchó esta piadosa oracion, y un instante despues Felicitas dió á luz una hija, á quien una pobre mujer cristiana, que habia cuidado á la madre, se llevó y crió como si fuese su hija, considerándose dichosa de tener por hija á aquella criatura, que habia tenido á una mártir por madre, y á quien esta madre

habia dado á luz miéntras confesaba á Jesucristo é iba á morir por Él.

No debemos omitir las bellas palabras, llenas de fe, que esta noble cristiana pronunció en esta ocasion. Como al tiempo del parto se quejase de sus dolores, uno de los verdugos que custodiaban á los prisioneros le dijo: «¿Cómo tú, que no puedes sufrir los dolores del parto, sufrirás mañana los tormentos y la muerte que te espera, supuesto que vas á ser devorada y destrozada por los dientes de las fieras?» Al cual respondió la mártir: «No hay comparacion entre la una cosa y la otra. Hoy soy yo, yo sola la que sufro, y mañana será el mismo Jesucristo quien sufrirá en mí. Hoy son las fuerzas de la naturaleza, á quienes exceden las fuerzas del dolor; mañana las fuerzas de la gracia de Dios fortalecerán la naturaleza, y con este auxilio triunfaré de todos los tormentos» (1).

Al dia siguiente se les desnuda á todos, hombres y mujeres, de sus vestiduras, y se les pasea desnudos por la ciudad, azotándoles y exponiéndoles á las miradas insolentes y á las burlas sacrilegas de las turbas. En medio de estos sufrimientos y de estas afrentas, los mártires, léjos de exhalar una sola queja de sus labios, se muestran, como en otro tiempo los apóstoles, ebrios de gozo y de felicidad al verse dignos de sufrir oprobios por el nombre de Jesucristo. (*Act.*) Ellos no hacen otra cosa que cantar las alabanzas del Señor, intercalando en ellas estos versículos de los salmos: «Los simulacros de los gentiles no son otra cosa que plata y oro; sus pretendidos dioses no son otra cosa que demonios; el Dios verdadero es el que crió los cielos.» En vano los azotan y los hieren para obligarles á callar; ellos no cesan de repetir la misma confesion y con el mismo júbilo. Para hacer cesar *este escándalo* se ven obligados á volverlos á lo prision.

Finalmente, son llevados al anfiteatro para que sean devorados por las fieras, y todos se llenan de admiracion al verlos con el semblante tranquilo, el paso firme, el rostro risueño y los ojos brillantes de alegría; parecian héroes que caminaban al triunfo. Las dos mujeres estaban en medio de ellos, aumentando con su actitud sublime el valor de sus hermanos, y su deseo de sacrificarse por la fe.

(1) «Cui illa: Hodie, inquit, ego patior; cras in me patietur Christus. Nunc naturæ vires dolori naturali pignant; cras Dei gratia cuncta tormenta superabit.» (*Act. Martyr.*, 7 Mart.)

Felicitas, llena de alegría al ver que se sentia tan bien, á pesar de su reciente parto, no hablaba más que de las fieras, que, siendo ella esclava, iban á convertirla en una hostia agradable á Jesucristo. Perpétua, como gran señora que era, conmovia todos los corazones con la majestad de su semblante y con su angelical modestia, que le hacía bajar los ojos para ocultar su belleza á los espectadores.

En el camino se encuentra á dos catecúmenos, que se enternecen de sus sufrimientos; pero la noble matrona responde á los testimonios de compasion de aquellos corazones generosos, diciéndoles: «Permaneced firmes en la fe, y decid á nuestros hermanos, los cristianos, que se animen recíprocamente, y que no se escandalicen de nuestros padecimientos.» ¡Palabras sublimes que revelaban en aquella grande alma los sentimientos de una madre de la Iglesia!

Antes de entregarlos á las fieras, ordenan que sean azotados los santos confesores, segun la costumbre. Se les hace pasar uno despues de otro por delante de los verdugos, puestos en fila con los azotes en la mano; los azotan despiadadamente, pero nada puede alterar el gozo que experimentan al participar de los dolores y de los oprobios de la flagelacion del Señor.

Las dos mujeres son despojadas de nuevo de sus vestidos; mas el pueblo, viendo á la una tan delicada y á la otra tan repugnante, supuesto que acababa de parir, se conmovió y se llenó de indignacion. Para calmarle fué necesario dar á las nobles heroínas unas vestiduras flotantes.

No pudiendo Felicitas levantarse, Perpétua, su señora, le dió la mano y le ayudó á caminar, porque Perpétua no veia ya en Felicitas una esclava, sino una hermana en la fe y una compañera digna de ella en la gloria de la misma confesion.

Finalmente, se las mete en una red y se las echa á los piés de una fiera. Perpétua es acometida la primera; pero ella se cuida ménos del destrozo de sus miembros que del de sus vestiduras, que la exponen á las miradas de la turba, y se da prisa á reunir los pedazos de sus vestidos para cubrir su pudor.

Lo mismo se ejecuta con los otros confesores; pero, no dándoles muerte las fieras demasiado pronto con sus dientes y sus uñas, mandan que sean muertos con la espada. De este modo todos aquellos nobles atletas de la fe, despues de haberse dado el ósculo de paz,

fueron degollados, las mujeres las primeras, en medio del anfiteatro, y volaron al cielo. Pudente, el conserje, se encontraba allí. Habiéndose quitado uno de los mártires su anillo del dedo, y habiéndolo mojado en la sangre de sus heridas, se lo dió, diciéndole: «Valor, Pudente; yo espero que te llegará tu turno: mira entónces ese anillo, y acordándote de nosotros, conocerás cuán dichoso es el cristiano que muere por la fe.» En efecto, conmovido y admirado del espectáculo, de la intrepidez y del gozo que habian mostrado las santas mujeres al morir, cuando salió del anfiteatro fué á declararse cristiano ante el magistrado. Se le condena igualmente á las bestias. Pudente mira el anillo, lo besa y se entrega á su furor; muere con la misma constancia y con la misma alegría, y siendo mártir el mismo dia en que se habia hecho cristiano, va á reunirse en el cielo á sus modelos y maestros en la fe. ¡Qué confusion para los paganos! ¡Qué dicha para los cristianos! ¡Qué gloria para Jesucristo!

De la noble matrona romana Santa Sabina, esposa de Valentin, y que habia sido convertida á la fe é instruida en ella por la ilustre virgen Santa Serafia, sólo recordaremos la bella respuesta que dió al juez Elpidio, cuando le echó en cara que, siendo una mujer tan distinguida por su nacimiento y por su matrimonio, no se avergonzase de profesar el Cristianismo. «En efecto, le respondió ella, yo soy Sabina, yo soy cristiana y me honro de serlo, y no me canso de dar gracias á mi Dios y Señor Jesucristo porque me ha librado del imperio de los demonios, por los méritos y la intercesion de Serafia, su sierva» (1). Esta respuesta le valió el martirio, y fué depositada en el mismo sepulcro en que habia encerrado ella misma el cuerpo de Santa Serafia, su maestra en la religion.

La viuda Santa Teonila declaró con igual intrepidez su fe ante Lisias, magistrado de Egea, en la Cilicia, bajo el imperio de Diocleciano. Este tirano acababa de dar muerte á los tres santos hermanos Claudio, Astorio y Neon, con el suplicio de la cruz, como igualmente á Santa Domnina, grande y fervorosa cristiana, á quien desgarraron todos sus miembros con crueles azotes. Cuando este ti-

(1) «Tu ne illa Sabina, et genere et matrimonio nobilissima? At illa: Sum inquit, et Domino meo Jesu Christo gratias ago, qui me intercessione Seraphiæ famulæ suæ, à demonum potestate liberavit.» (*Brev. Rom.*)

rano se dirigió á Santa Teonila, se entabló entre ellos el diálogo siguiente:

«LISIAS. Mujer, ya has visto castigados con los suplicios del hierro y del fuego á tus compañeros, que no han querido obedecer los edictos de los emperadores. Honra, pues, á los dioses, y sacrifica; porque de otro modo, debes esperar la misma suerte de ellos.

» TEONILA. Yo no temo el fuego de este mundo, que sólo puede hacer que perezca el cuerpo. Yo sólo temo el fuego del mundo futuro, que puede hacer que perezca el cuerpo y el alma por toda la eternidad. ¡Desventurados, pues, los que reniegan del verdadero Dios para adorar los ídolos, que no son otra cosa que demonios!

» LISIAS. (*Á sus guardias.*) Abofetead á esa insolente, arrojadla en tierra, atadla de piés y manos, y azotadla con todo rigor.

» TEONILA. ¿Con qué derecho condenais á esas penas á una mujer extranjera y de condicion libre? Tened cuidado de vos; porque el Dios que todo lo ve, ve lo que haceis, y os pedirá de ello una rigorosa cuenta.

» LISIAS. (*Á los guardias.*) Suspendedla por los cabellos, heridla tambien en el rostro, y enseñadla á respetar á los magistrados.

» TEONILA. Vos acabais de hacerme desnudar en presencia del pueblo; éste ha sido para mí el más cruel suplicio, ¿y no estais todavía satisfecho? Recordad que, al tratarme así, no es á mí sola, sino tambien á vuestra propia madre y á vuestra propia esposa á quien habeis cubierto de confusion; porque todas somos de una misma naturaleza.

» LISIAS. ¿Tienes esposo, ó eres viuda?

» TEONILA. Yo soy viuda veintitres años há. Por el amor de mi Dios he permanecido en este estado. Desde que conocí la verdadera religion, y dejé vuestras impuras divinidades, he pasado mi vida retirada del mundo en las obras de penitencia y en la oracion, y en esto me creo dichosa. Al presente no espero más que el cielo, y me voy con Dios al cielo.

» LISIAS. (*Á los guardias.*) ¡Cuánta impertinencia y cuánta obstinacion! Rapadle la cabeza, para que se llene de vergüenza; ponedle una corona de espinas, atadla por las manos y los piés á cuatro estacas, tirad de las cuerdas cuanto podais, y heridla sin piedad por todo el cuerpo; ponedle carbones encendidos en el vientre hasta que muera.»

Pero Dios libró á su sierva de aquella nueva vergüenza y de aquellos nuevos dolores. Cuando los soldados se acercaron á ella para ejecutar tan bárbaros órdenes, ya habia ella entregado su espíritu á Dios. (*Act. Sinc. Martyr.*)

§ XIV.—Perfeccion del amor de la esposa cristiana, y ardor de su celo por la salvacion de su esposo, especialmente cuando éste sufría el martirio. — Santa Marta y Santa Teopista sosteniendo el valor de sus esposos en medio de los tormentos. — Heroísmo de Santa Natalia, que ayudó ella misma al verdugo de San Adrian, su esposo, á cortar sus miembros.

Á estos bellos y magníficos ejemplos de firmeza en la fe, dados por la viuda cristiana en la época de los mártires, vamos á añadir algunos de los que la esposa cristiana dió en la misma época respecto á la misma materia.

La esposa cristiana, fiel al primer deber del matrimonio, procuraba ante todo la felicidad eterna de su esposo, porque la union pasajera del tiempo no bastaba ni podia bastar á un amor sin límites ni defectos, ni á una fe que sólo vivía de la esperanza de la eternidad. De ahí nacia ese celo ardiente é infatigable, pero dulce, sabio y afectuoso, de la mujer fiel por hacer participante á su esposo infiel de las luces, la gracia y los consuelos de la religion cristiana, y por convertirlo al Cristianismo.

Pero cuando la persecucion se hacía más cruel era principalmente cuando el celo de la mujer cristiana por la salvacion de su esposo se hacía más ardiente y más sublime. Se la ve preocupada y pensativa, su semblante manifiesta la mayor ansiedad, pero no se aflige por su vida ni por su pudor; ella ha hecho ya á Dios el sacrificio de sus dias, y Dios la protegerá contra el furor del libertinaje; ella tiembla por la flaqueza de su esposo, cuya frente está todavía húmeda con las aguas del bautismo, cuyo corazon es novicio aún en la fe, y cuya salvacion eterna le es tan interesante como la suya propia. Al verle aprisionado, presentado ante los tiranos, y condenado á sufrir una muerte cruel por el nombre de Jesucristo, ella no abandona un solo instante á su querido esposo, ella no cesa de exhortarle, de animarle, y léjos de entregarse á lanzar vanos gemidos y á derramar lágrimas injuriosas á su fe, procura con el ejemplo de su firmeza y con la unción de su palabra, animarle á

morir como cristiano; dichosa al pensar que, en el esposo que va á perder, tendrá pronto un intercesor en el cielo y un mártir que venerar. Ved aquí algunos ejemplos de estas mujeres heroicas.

Uno de los martirios que, durante la segunda persecucion en Roma, fueron más célebres en ella fué el de San Mario y el de Abaco y Audiface, sus hijos. Estos eran unos cristianos nobles y ricos de Persia, que habian ido á Roma para venerar las reliquias de los apóstoles y de los mártires, y llenarse de su espíritu. Visitar y consolar á los fieles encarcelados por la fe, suministrándoles toda especie de auxilios, y sepultar los cuerpos de los santos confesores de Jesucristo, era su ocupacion y toda su felicidad. No fué necesario más para ser delatados ante el tirano reinante, que, habiéndolos hecho aprisionar, sin poder hacer que apostatasen, les hizo azotar cruelmente, estirar con cuerdas, descarnar con uñas de hierro y quemar con planchas ardientes, y finalmente les hizo cortar las manos y atárselas al cuello, y en esta actitud los hizo pasear por la ciudad ántes de cortarles la cabeza. Pero las *Actas de los mártires* nos dicen que el alma de esta gloriosa confesion fué una mujer llamada Marta, esposa de Mario y madre de Abaco y de Audiface; y que así como por sus inspiraciones habian ilustrado su vida en Roma su esposo y sus hijos con tan bellas obras, por sus exhortaciones, por su ejemplo y por su valor sufrieron con tanta constancia sus horribles tormentos é hicieron su muerte tan gloriosa. Ved aquí por qué; habiendo sido encontrada la más culpable, fué inmolada la primera, y su esposo y sus hijos no pudieron hacer más que seguirla en el camino del martirio (1).

Santa Teopista, esposa de San Eustaquio, fué quien consoló con sus cuidados, sostuvo y animó con sus exhortaciones y con su ejemplo á su esposo y á sus dos hijos Agapito y Teopisto, dejándose encerrar con ellos en el toro de bronce inflamado, para morir en su compañía. (*Brev. Rom.*)

San Adrian, hecho cristiano por su mujer Natalia, que lo era ya, fué tambien por su esposa un grande y glorioso mártir. Preso por orden del emperador Maximiano, yendo su esposa á visitarle al calabozo le inspiró tanto ardor por el martirio, que sufrió con una

(1) «Primum Marta, quæ virum ac filios ad supplicia pro Jesu Christi fide constanter sustinenda, vehementer fuerat coortata.» (*Brev. Rom.*)